

XII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia, Facultad de Humanidades y Centro Regional Universitario Bariloche. Universidad Nacional del Comahue, San Carlos de Bariloche, 2009.

¿Que se vayan todos? Los límites de la democracia burguesa en la crisis revolucionaria: la literatura popular bajo el Yrigoyenismo.

López Rodríguez, Rosana.

Cita:

López Rodríguez, Rosana (2009). *¿Que se vayan todos? Los límites de la democracia burguesa en la crisis revolucionaria: la literatura popular bajo el Yrigoyenismo. XII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia, Facultad de Humanidades y Centro Regional Universitario Bariloche. Universidad Nacional del Comahue, San Carlos de Bariloche.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-008/12>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

¿Que se vayan todos? Los límites de la democracia burguesa en la crisis revolucionaria: la literatura popular bajo el yrigoyenismo

López Rodríguez, Rosana (CEICS, UBA)

Se eclipsó el malhadado poder que descansa en el privilegio y que está asociado con las mujeres, el champaña y el bridge y reanudó su reinado la democracia, que está asociada con el bridge, las mujeres y el champaña.¹

Introducción

El estudio de la literatura popular de circulación periódica en Argentina cuenta con un texto canónico, *El imperio de los sentimientos*, de Beatriz Sarlo. En su visión, la *novela semanal*² es la forma popular de acercarse a la literatura y satisfacer una necesidad de ficción por parte de una población lectora en el momento en que se crea el mercado literario. En ese marco, la *novela semanal* construye un campo en el cual domina una temática precisa, el sentimiento, lo que transformaría a este corpus en una expresión de la novela sentimental. Son textos ordenados y previsibles estética e ideológicamente. Por eso no presentan problemas al receptor, sino que por el contrario, le generan la fantasía del “descanso” psicológico a partir de la “economía mágica”: el ascenso social es posible por la vía *arbitraria, no causal* de lo sentimental. El conflicto social no aparece sino bajo la forma de individuos particulares que reciben su premio o su castigo siempre según la forma inmodificable de esas leyes externas. El mundo, entonces, no es el escenario de prácticas sociales que deban ser cambiadas: son textos conformistas.

Sin embargo, los hechos históricos parecen mostrar lo contrario de lo que Sarlo pretende: es difícil pensar que sólo hubiera resignación en la clase obrera entre el '17 y el '22, una coyuntura caracterizada, a nivel mundial, por el fenómeno de la revolución. Por lo tanto, no hay razón por la cual deducir (si no es solamente por lo que el texto dice) que la lectura debe ser consolatoria o complaciente. En el contexto de la Semana Trágica y bajo los efectos socio-políticos de la

¹Epigrama de Hilaire Belloc que alude al triunfo electoral liberal en el año 1906, citado por Hobsbawm en *La era del imperio*, p.89.

²Usamos la denominación *novela semanal* para designar la narrativa de circulación periódica. Durante el período que estamos analizando, se editaban varias colecciones de este tipo: publicaciones hebdomadarias de venta en quioscos fijos o ambulantes, un cuadernillo con veinte o veintidós páginas sin numeración en su mayoría. La colección que comenzó esta serie fue *La Novela Semanal*, corpus con el cual estamos realizando este trabajo. Aparecerá abreviado a lo largo del texto como *LNS*.

Revolución Rusa, diferentes programas se disputaban la conciencia del proletariado y esas acciones políticas y la diversidad ideológica se revelaban en los textos que leían y, probablemente, en la forma en que la leían.

Aun cuando la lucha apareciera clausurada trágicamente en algunos de los textos del corpus (porque los autores pretendían representar con ello los límites que imponía la estabilización de la sociedad burguesa), es posible conjeturar que la lecturas dependieran más de la situación social, de la experiencia real de la clase obrera que de los deseos de los escritores y de sus intérpretes actuales. Cuando se muestra el malestar y las limitaciones, no necesariamente el producto de la recepción es conservador o reaccionario; por el contrario, si tenemos en cuenta las acciones políticas de la clase obrera argentina en ese período, es muy posible que fueran leídos como un aprendizaje del dolor, como situaciones sociales que no podían permitirse y que debieran ser cambiadas.

Designar a esta literatura como *popular* no indica precisamente la cantidad de lectores de la misma, sino la pertenencia a determinada clase de dichos lectores. Esta literatura para “cocheros y verduleras” (según un comentario crítico tomado por Sarlo del diario *La Razón*), maestras o empleados, deberá representar de una manera muy particular su relación con los procesos que estaban experimentando, pues les mostrará a la vez cómo *leerlos* y cómo conducirse ante ellos. Al hablarles de sus realidades, esta literatura no sólo se las muestra mediatizadas sino que también provee explicaciones, razones, causas y propone modos posibles de relacionarse con esos episodios. En tanto ningún texto de ficción es *inocente* como práctica social, el discurso de la *novela semanal* constituye una manifestación estética concomitante con los procesos históricos, políticos y sociales de la época en que fueron escritos, un espacio donde se construyen lecturas acerca de la sociedad y la coyuntura inmediata, inclusive cuando lo sentimental aparece en forma explícita como hegemónico. Puede afirmarse entonces que los conflictos sociales obtienen un escenario popular de privilegio (dado el volumen de las ediciones, de unos 200 hasta 400 mil lectores, según declara *La Novela Semanal*) en estos textos.

Esta lectura canónica de Sarlo ha sido matizada por otros autores que ven la *novela semanal* como una representación en cuyo fondo puede observarse, de tanto en tanto, la “cuestión social”, denominación eufemística de la época (y que se repite ingenuamente) para eludir la expresión “lucha de clases”³.

La óptica social para el análisis de la narrativa de circulación periódica aparece también en el trabajo desarrollado por el grupo dirigido por Margarita Pierini en la Universidad de Quilmes. Los primeros textos del grupo aparecerán como introducciones a la coedición de algunas de las novelas

³Véase, Mangone, Carlos: “La República Radical: entre Crítica y El Mundo”, en AAVV: *Yrigoyen, entre Borges y Arlt, (1916-1930)*, AA.VV., Buenos Aires, Contrapunto, 1989, capítulo III, p.78. El autor reconoce, efectivamente, en la *novela semanal* “la presencia *larvada* del otro tema del período: la *cuestión social*, a veces central y en otras oportunidades un sesgo o telón de fondo de la trama.”

por la UNQui y *Página/12*. En el nº 1 de la colección, Margarita Pierini describe los ambientes en los que se desarrollan la mayor parte de los textos (predominio de lo urbano; el ambiente rural con connotaciones negativas, de barbarie; la oposición entre el conventillo y el taller y el “gran mundo”), aunque no arriesga ninguna explicación social para esas presencias y oposiciones. Señala además, que los autores escriben con “absoluta libertad” ideológica, pues en esas publicaciones “conviven los planteos más reaccionarios sobre la “cuestión social” (“La huelga”, de Hugo Wast), con historias que reivindican al obrero anarquista (“La costurerita que dio aquel mal paso...”, de Josué Quesada) o manifiestan simpatía por la reciente revolución soviética (“Amor y bolshevikismo”, de Canseway Britos)”; también aparecen propuestas que “presentan el ideal tolstoiano como solución a los conflictos sociales o que plantean la dicha (...) posible para las mujeres trabajadoras, (mientras otras) castigan con la marginación, la enfermedad o la muerte a quienes se atreven a franquear las barreras sociales.”; así como se publican textos que muestran a la “clase alta dotada de todos los vicios (“Un casamiento en el gran mundo”, de Elsa Norton)” o que son una apuesta a la unión libre “como forma superadora de las convenciones burguesas (...) (“Cuando el amor triunfa”, de Josué Quesada)”. Con todo lo interesante que pueda parecer esta perspectiva es puramente descriptiva y no tiene intenciones de explicación

El autor de la introducción al Nº 2 de la colección, Armando Minguzzi, escribe acerca de la “cuestión social”. Expone la situación coyuntural de la época y las diferentes ideologías que lo atravesaban: la presencia de huelgas como método de protesta, el anarquismo, el impacto causado por la Revolución Rusa, la respuesta nacionalista como reacción, la formación del PS y su escisión como producto de la controversia entre bolcheviques y mencheviques, la Semana Trágica. En definitiva, afirma, las novelas semanales seleccionadas para este volumen “pueden ser leídas como una escenificación del debate político de una época”. Con toda la importancia que tiene esta afirmación a los efectos de leer políticamente la producción de circulación periódica, el autor no logra despegar, en forma definitiva, su interpretación de la de Beatriz Sarlo, pues sigue considerando el tema sentimental desconectado de la discusión política y además, porque considera que los textos de la reedición son excepciones: “en la mayoría de los relatos de *LNS* no aparece centralmente el tema político; estas historias sirven como contraejemplo. La ficción suele servirnos para leerla en sus silencios. (...) en estos textos aparece una discusión velada.”⁴

Pero esta propuesta de lectura, que Mangone adelantaba hace tiempo ya y que la colección Quilmes-Página/12 ha llevado a cabo, resulta a la vez más interesante y más limitada. Más interesante porque ve lo que Sarlo quiere dejar a un lado. Pero limitada en tanto no capta el fondo del problema: las *novelas semanales* no son dramas sentimentales en cuyo trasfondo se adivina la

⁴*LNS*, UnQui P/12, Nº2, p.9.

“cuestión social”. Las *novelas semanales* son, directamente, *novelas sociales*. Su tema no son los sentimientos (con aderezos sociales aquí y allá). Su tema *es* la sociedad.

Cuatro novelas *sentimentales*

La primera novela que nos ocupa es de un autor que ha publicado varias en el corpus de *La Novela Semanal*: se trata de “La voluptuosidad del poder”, de Pedro Sonderéguer. Se cuenta allí cómo las vidas privadas afectan las vidas públicas de los políticos y sus decisiones. El banquero Anthony Silverfield solicitó la concesión de gran parte de la red ferroviaria en nuestro país. Esta propuesta fue presentada en la Cámara de Diputados y allí debía votarse a favor o en contra. Sancho de Luis, jefe de la mayoría parlamentaria y líder del partido reformista, hombre incorruptible, se oponía a la aprobación del proyecto. En tanto, el líder del partido opositor, el Partido Popular, Juvenal Reyser, dispuesto a arruinar la carrera de Sancho para ocupar él mismo un lugar de relevancia en el ámbito político, se entrevistó en privado con Silverfield y ambos elaboraron un plan: lograr que Hugo Silverfield (el hijo del banquero) sedujera a Diana de Luis, la esposa de Sancho, para influir a través de ella en las decisiones que tomara su marido y además, para ensuciar el nombre del diputado. Una vez consumada la seducción, Sancho de Luis apoyó en la Cámara la concesión a Silverfield debido a las “inteligentes insinuaciones de su mujer y a la resuelta actitud contraria al plan asumida por Juvenal Reyser.” Poco después, de Luis se dio cuenta de que las insinuaciones de su mujer habían sido hechas para favorecer a su amante. Sin embargo, el político ya había hecho pública su posición y no podía modificarla. Juvenal Reyser realizó en la Cámara, a modo de oposición, una apología nacionalista y antiimperialista. Cínico, insinúo que los que acordaban con el proyecto estaban influidos “por motivos ajenos al bien público y contrarios al deber que le imponía su carácter representativo.” Ante semejante ataque, de Luis mocionó que sea retirado su apoyo al proyecto, puesto que “no quería que se afirmara que en su vida política se había dejado llevar por otros intereses que los de su patria...” La voz del narrador señala que la concesión fue negada y que de ese modo “terminó un propósito de incalculables alcances y que habría sin duda contribuido enormemente al desarrollo material argentino.” Finalmente, de Luis descubrió la infidelidad de su mujer, haciéndole saber que “por su culpa había sufrido la más triste derrota de su vida”. En tanto, Juvenal Reyser fue nombrado ministro y de Luis se retiró de la vida política.

“Carne triunfal”, de Amado Villar, cuenta la historia de Sara Pardo, una muchacha que al comienzo de la historia estaba por casarse con Alfredo. La madre de la chica, Doña Matilde, viuda de Pardo, pertenecía a la buena sociedad, pero estaba pasando algunas dificultades económicas. Sin embargo, madre e hija vivían una vida de derroche gracias a la “desinteresada ayuda de Don Carlos Salterán;

ser muy influyente en política, (...) habitué de la casa y pretendido amigo íntimo del difunto coronel Pardo.” Sarita, “por inexplicable capricho de la naturaleza”, era igual a Salterán.

Una vez casados, Alfredo y Sara vivieron en un palacete en la calle Charcas. Tuvieron un hijo, pero la felicidad no llegaba: los problemas económicos seguían y el “creciente afán de lujo torturaba a Sara”. A pesar de la generosidad de Salterán, Alfredo comienza a considerar la posibilidad de dedicarse a la política para triunfar. Don Carlos le brindó todo su apoyo y el atribulado marido ganó las elecciones. Su esposa “triunfó entre la elite del gran mundo, por su belleza fastuosa y por el rumor de su mórbida afición a los paraísos artificiales.” Mientras tanto, se publicó un suelto satírico en un periódico: el periodista “aseguraba que los éxitos de muchos políticos sólo son consecuencias de los ‘éxitos’ de sus mujeres”. “¿Sería él un ‘Monseiur Bovary’ ridículo y vulgar?” se preguntaba Alfredo Leiva. Sus colegas le decían que la infidelidad siempre se dejaba pasar si la ocultaba el dinero y le sugirieron que ese podía ser su caso. Tanta sospecha tuvo su confirmación: Alfredo descubrió a su mujer con su padre, Ramón Leiva. Intentó suicidarse, pero no lo logró, sino que tuvo un ataque. Quedó postrado e imposibilitado de comunicarse. Sara fue a reponerse de la crisis a la estancia que su suegro tenía en Entre Ríos. Un año después regresó con “una niñita, hija ilegítima de una infeliz sirvienta muerta en el trance”. Irónico, el narrador señala: “¡Ahí es nada la innovación! ¡Criar chicos ajenos en vez de perros o gatos según la costumbre general! La novedad como cosa impuesta por la reina de la moda, obtuvo un éxito clamoroso. Todas las viudas y jóvenes iban a buscar chiquilines al campo. La capital se inundaba de provincianitos...” Cuando Ramón Leiva murió y dejó parte de su herencia a la niñita de Sara, quedó expuesta la situación. Sara se dedicó a cimentar fama de culta y hacía reuniones de artistas y literatos en su palacete. Aburrida de la vida mundana, la mujer se fue de viaje a Europa con su hija y su madre. También viajaba con ella su amante, ya que Alfredo seguía vivo y la ley argentina no permitía el divorcio. La madre de Alfredo se quedó en Buenos Aires cuidando a su hijo y a su nieto.

“Un gobernador” es otra novela del corpus en la cual se pone en cuestión la política y los políticos. David era un muchacho estudioso e inteligente que estaba enamorado de Cruz. La muchacha tenía dos hermanos, Eusebio y Arturo, ambos muy poco dispuestos al estudio. David reemplazó a Arturo en la secretaría del Banco propiedad de los Larquiá. La familia de Cruz creía que David sería diputado y gobernador; de hecho, don Pascual, el padre de la chica, necesitaba un hombre de confianza en su empresa y propuso que fuera David, quien se había recibido de abogado y ya se había casado con Cruz. Ante cada propuesta, David siempre oponía objeciones, pero debido a la insistencia de los que lo rodeaban, acababa “siempre por sacrificarse, como los hombres políticos”. Era abogado del banco y manejaba todo los intereses y negocios de la familia de su mujer. “Así vivía cuando le impusieron el sacrificio patriótico de aceptar una diputación nacional.” Y se convirtió en diputado. Después le ofrecieron el cargo de gobernador y senador y dado que él

rechazó la oferta, designaron senador a su padre. Dos enigmáticos personajes comenzaron a perseguir a David: pretendían chantajearlo diciéndole que iban a hacer público su pasado pobre, “cuando habitaba la pieza aquella del conventillo, frente a la estación del tranvía a Barracas, sin libros en que estudiar, sin mesa a que comer, sin ropa que vestir... todo eso que la vulgaridad considerará como eternamente bochornoso y degradante.” David debió renunciar a la diputación para hacerse cargo de un ministerio, pues el gobierno estaba en crisis. Finalmente, fue nombrado gobernador. Una vez en su provincia, uno de los hombres que lo había chantajearado, fue acusado de estafa. Cuando declaró, acusó a David: dijo que había sustraído dinero del banco por orden del gobernador. David debió comparecer ante la Legislatura. Un diputado de la oposición, Elías Barté, dijo que la estafa al banco no era todo, sino que también se había defraudado a la provincia en una cifra exorbitante. David negó todas las acusaciones, pero luego de la declaración, se suicidó. En una de las cartas que dejó para explicar su situación dijo que se había visto desesperado, que había especulado en la Bolsa y había perdido todo lo que tenía, por eso había ordenado al empleado sustraer el dinero. La carta no se hizo pública y el entierro fue con gran pompa como el de un gran hombre, con duelo oficial. “Fué la última mentira, acaso la más necesaria y piadosa para epilogar una vida así. David Pérez conocía a los hombres...”

La última historia que vamos a observar es “El escándalo de la Avenida Alvear”, de Elsa Norton: los Amenábar vivían en un palacio de la Avenida Alvear. El marido, Juan Andrés, se dedicaba a la política y sería candidato a vicepresidente. La esposa, María Cristina de la Fuente, organizaba reuniones en su casa, que los cronistas sociales consignaban como “festivales de caridad”, pues la señora era presidenta de la Sociedad Protectora de los Desamparados. Sin embargo, en realidad allí en la mansión Amenábar, las fiestas tenían otro tenor: mujeres de la sociedad, esposas de políticos cuyas vidas privadas son bastante poco ordenadas, se reunían para apostar a la ruleta. Los Amenábar tenían una hija, Mercedes, casada con Alberto Montoya. Este matrimonio quería separarse, pues él le pegaba y ella tenía un amante. Sin embargo, ni el padre de Mercedes ni el de Alberto aceptaron el divorcio de sus hijos. Juan Andrés Amenábar dijo a su hija: “(...) el senador Montoya es mi amigo y correligionario, y con él hablaré del asunto (...). Además, yo tengo una posición política que mantener y no he de renunciar a mis aspiraciones a causa de tus desacuerdos caseros... Sabes bien que mi nombre figura sin discusión en la futura fórmula presidencial para secundar a Montoya. (...) ¡Si yo, a mis años, me rindo a las exigencias del mundo, tú, que recién empiezas a vivir, aprende al menos a disimular!” No menos elocuentes fueron las razones que expuso Montoya con su hijo: “¿Con qué pensaba vivir el jovencito que había osado levantar la mano a su esposa? ¿No conocía, acaso, la situación difícil por que atravesaba toda su familia a causa de la bendita política? ¿No había llegado a darse cuenta que el doctor Amenábar, presidente del partido en que ambos militaban, respondía con generosidad a las continuas exigencias de los

comités? ¿Ignoraba, tal vez, que él mismo, senador nacional y candidato a presidente de la República en el próximo período, era deudor al doctor Amenábar de una suma que sólo podría pagar el día que estuviera en el poder? Y por último, ¿podía suponer posible el jovencito Alberto que el senador Montoya llegara a dirigir los destinos de la República sin el apoyo del doctor Amenábar?”

Así, el matrimonio se instaló en el palacete de los Amenábar y Alberto se convirtió en “un parásito más, adherido al bienestar sin zozobras de la familia” de su mujer. Las mujeres de la alta sociedad continuaban organizando sus fiestas. Mercedes comenzó a concurrir a esas “misas negras”, en las que las mujeres se vestían al uso oriental, consumían alcaloides y coqueteaban con relaciones homosexuales. Mientras tanto, Amenábar seguía absorbido por la campaña política. “Los partidos avanzados que se incorporaban a la lucha después de treinta años de ostracismo, habían renovado sus esfuerzos contra los ‘gobiernos de familia’, cuya sola presentación a la lucha constituía –según ellos- un reto a la democracia. Pero don Juan Andrés seguía batallando y entregando parte de su dinero al partido. El propio senador Montoya, ‘hombre pobre, pero honrado’, según lo habían clasificado sus correligionarios, reiteró la solicitud de un nuevo préstamo, que, como el anterior, debía cancelarse poco tiempo después del triunfo.” En una de los juegos de ruleta organizados en el palacete de la Avenida Alvear, se produjo un escándalo de proporciones periodísticas cuando Mercedes descubrió a su marido con una tonadillera y la esposa engañada le disparó a la amante. A sólo ocho días de las elecciones, cuando las acusaciones entre los candidatos de un partido y otro son de clase, pero también personales, y aun cuando la tonadillera se recuperó, ese episodio provocó la ruina política de Amenábar y de Montoya. Las fuerzas nuevas llegaron al poder. Tiempo después, murió María Cristina de sobredosis de morfina y los nuevos gobernantes “quisieron ensañarse con el caído y en lugar de construir y gobernar, debían al pueblo las pruebas de sus anatemas; habían pronunciado la palabra ¡ladrones!, y sacaron a relucir viejos expedientes de concesiones territoriales, de negocios fantásticos, de favores sin cuento... Se batió el parche de la inmoralidad de los ‘caducos conservadores’, y el nombre de Juan Andrés Amenábar fué estampado en las letras de molde de los diarios oficiales. La noticia produjo en el pueblo impresionista el efecto esperado. Las fuerzas nuevas conocían su alma y estaban seguros de que el pueblo habría de conformarse con la acusación sin reclamar las pruebas; al pueblo le bastaba con que la intangible probidad de los apóstoles dejara caer el índice de su fallo inapelable.”

Aquí y allá...

Ahora bien, este período de crisis política en Argentina, marcado por episodios puntuales como por ejemplo la Semana Trágica, está en consonancia con el clima ideológico mundial, no solamente por

los efectos internacionales de la Revolución Rusa, sino por la crisis de conciencia de la burguesía europea que tiene su inicio alrededor de 1871, con la experiencia de la Comuna de París. Este episodio produjo en la burguesía la conciencia de la necesidad de democratización de la política. Tal como lo plantea Hobsbawm en *La era del imperio*⁵:

“El período histórico que estudiamos en esta obra comenzó con una crisis de histeria internacional entre los gobernantes europeos y entre las aterrorizadas clases medias, provocada por el efímero episodio de la Comuna de París en 1871, cuya supresión fue seguida de masacres de parisinos que habrían parecido inconcebibles en los Estados civilizados decimonónicos y que resultan impresionantes incluso según los parámetros actuales, cuando nuestras costumbres son mucho más salvajes. Este episodio breve y brutal –y poco habitual para la época- que desencadenó un terror ciego en el sector respetable de la sociedad, reflejaba un problema fundamental de la política de la sociedad burguesa: el de democratización.”⁶

La preocupación por la transparencia del sistema político implicó una preocupación por la moralidad pública, un interés en clarificar las conexiones y los intereses que mueven a la clase dominante, pero en particular a los dirigentes que la representan a negar toda posibilidad de manejo tras bambalinas. El poder debe aparecer como público y ante los ojos de los ciudadanos, pero sigue manejándose en los palacetes (de la Avenida Alvear), durante las fiestas privadas (con o sin alcaloides) o las partidas de caza y otras actividades que realizan los políticos... En Europa, la preocupación por este manejo hipócrita del poder no es demasiado diferente a la que nos ocupaba en Argentina y podría, perfectamente, extraerse de alguna novela semanal:

“En lo sucesivo, cuando los hombres que gobernaban querían decir lo que realmente pensaban tenían que hacerlo en la oscuridad de los pasillos del poder, en los clubes, en las reuniones sociales privadas, durante las partidas de caza o durante los fines de semana de las casas de campo donde los miembros de la elite se encontraban o se reunían en una atmósfera muy diferente de la de los falsos enfrentamientos de los debates parlamentarios o los mitines públicos. Así, la era de la democratización se convirtió en la era de la hipocresía política pública, o más bien de la duplicidad y, por tanto, de la sátira política (...). Un observador inteligente no podía pasar por alto el enorme abismo existente entre el discurso público y la realidad política, que supo captar Hilaire Belloc en su epigrama del gran triunfo electoral liberal del año 1906 (...)”⁷

⁵Hobsbawm, Eric: *La era del imperio*, Labor, Barcelona. 1989.

⁶Hobsbawm, op.cit., p.85.

⁷Hobsbawm, op.cit., p.89. El epigrama satírico que cita el historiador es el que aparece como epígrafe de este trabajo.

La corrupción producto de la “relación de dependencia” entre la burguesía y sus representantes políticos es, por lo tanto, un problema también en Europa: “(...) indudable corrupción de los sistemas políticos que no se apoyaban ya en hombres de riqueza independiente, sino cada vez más en individuos cuya carrera y cuya riqueza dependía del éxito que pudieran alcanzar en el nuevo sistema político. (...) Es cierto que los mismos nombres se repetían una y otra vez en esos equipos de gobierno. (...) En cuanto a la corrupción, no era mayor que a comienzos del siglo XIX (...). Pero aun cuando no ocurriera así, la corrupción era más visible, pues los políticos aprovechaban de una u otra forma, el valor de su apoyo a los hombres de negocios o a otros intereses. (...)”⁸

Hobsbawm, de las varias teorías del estado que, como marxista, tiene a mano, parece elegir aquella conocida como instrumental.⁹ En dicha teoría, el estado aparece como un simple instrumento en manos de la clase dominante. Una mirada más estructuralista vería en dicha relación un vínculo a la vez más difuso y potente.¹⁰ Más difuso porque no implica necesariamente relaciones estrechas, casi familiares, de negocios inmediatos, entre las empresas y los funcionarios estatales. Más potente, porque no requiere de dicha cercanía para presionar adecuadamente a los funcionarios en el sentido en que la clase dominante quiere: hay una determinación general. En la variante instrumental, la corrupción es una necesidad permanente. En la estructuralista, la corrupción no es necesaria: un buen funcionario no necesita ser corrupto para realizar los intereses de la burguesía. La corrupción no es la forma en la cual la burguesía somete al Estado, sino aquella en la cual éste o aquél burgués someten a tal o cual funcionario a sus intereses. La corrupción aparece, entonces, como la ruptura del pacto de caballeros entre burgueses y del pacto de prescindencia entre burguesía y trabajadores. No es necesaria para la dominación general de la burguesía, pero sí para la competencia entre burgueses y el ejercicio pleno de la explotación. Es también, la forma en la que el personal estatal gana cierta autonomía dentro de esa determinación general.¹¹ De allí que no es simplemente la forma en la que la burguesía debió comenzar a comportarse una vez arribada la democracia de masas. Simplemente, con ésta, la corrupción se convirtió en objeto de debate público. Es lógico, entonces, que la novela semanal se transforme en un escenario de privilegio en el momento en el que, en Argentina, se llevan adelante las mismas transformaciones sociales y políticas que en Europa un par de décadas antes.

En efecto, la ley Sáenz Peña había venido a subsanar todo aquello que se veía de reprochable en el “régimen oligárquico”, para instalar en su lugar a un gobierno que, diciendo representar a la “Constitución” y la “pureza” del sufragio, rápidamente se dedicó a construir una maquinaria política

⁸Hobsbawm, op.cit., p.98.

⁹Véase también Miliband, Ralph: *El estado en la sociedad capitalista*, Siglo XXI, México, 1998.

¹⁰Según la posición de Nicos Poulantzas, puede verse su libro *Fascismo y dictadura*, Siglo XXI, Buenos Aires, 1974.

¹¹Sartelli, Eduardo: *La cajita infeliz*, Ediciones ryr, Buenos Aires, 2008.

virtualmente indestructible y que tenía por práctica un clientelismo y una corruptela permanentes, necesarias, sin embargo, para reconstruir socialmente el Estado y afrontar la crisis de hegemonía.¹² El Payró de *Pago Chico*, bien podría haber escrito el epigrama que encabeza este artículo.

Conclusiones: la novela semanal como novela política

En las novelas que hemos visto queda claro que el tema no son los sentimientos, sino la sociedad y la forma en que esa sociedad pretende ser manejada, la política. Si bien las pasiones asoman en todas ellas, más o menos explícitamente, no constituyen su tema. Por el contrario, pueden ser explicadas como una forma de interpretación de la crisis política producto de la agudización de la lucha de clases y de la “democratización” de la política burguesa.

“La voluptuosidad del poder” es una novela de tesis que busca dar una explicación a las dificultades que enfrenta la democracia recientemente conseguida. El poder político es siempre frágil porque los hombres que lo poseen son vulnerables a las pasiones, tienen debilidades y por lo tanto, la corrupción es una presencia inevitable. Las pasiones privadas afectan las vidas públicas; al contrario del lema de los ’70, “Lo personal es político”, esta novela señala que “Lo político siempre está atravesado y afectado por lo personal”. Los políticos antes que tales son personas y las personas se manejan por deseos e instintos mezquinos: la ambición, el placer sexual. En ese contexto, sobrevive el político cínico, que sabe atar sus negocios a los de la burguesía, en este caso extranjera. Esta burguesía extranjera no se involucra directamente en la actividad política, a diferencia de la burguesía nacional que, como Sancho de Luis, es dueño de ingenios azucareros.

En “Carne triunfal”, Alfredo se dedica a la política como forma de sostener la vida de lujos que pretende su esposa. El ingenuo, el Charles Bovary que se mezcla en los negocios turbios de la política recibe como castigo la infidelidad. De Carlos Salterán a Ramón Leiva, en una gradación perversa que va del caso más común del amigo íntimo al más bizarro del suegro, los representantes de la burguesía son amantes de las mujeres de sus protegidos políticos.

En tanto, “Un gobernador” señala la siguiente tesis: el sistema de la democracia burguesa no se arregla con hombres nuevos, porque está inmerso en una serie de costumbres y condiciones que presionan a cualquier *outsider*. También es una crítica a los arribistas, un modo de mostrar que los hombres con condiciones no deben dejarse tentar por la política. Es un mundo cargado de snobismo que los juzgará por su origen y no por sus capacidades y los presionará para cometer los mismos delitos que comete (o cometería) cualquier otro en ese lugar de poder. La novela también critica a los hijos de la burguesía (los hermanos de Cruz) como incapaces para toda tarea intelectual o administrativa, de allí que el padre de la chica haya decidido dejar todos sus asuntos en manos de su

¹²Sartelli, Eduardo: “Celeste, blanco y rojo”, en *Razón y Revolución*, N° 2, Buenos Aires, primavera de 1996.

verno David. El cierre de la novela marca que la hipocresía en el terreno de la política es una necesidad, pero también que David no merece que se lo ensucie más aún. David no era ambicioso, por eso, ya tenía bastante con haberse mezclado con esa mentira y no haber salido airoso de la aventura, a pesar de su talento y su sentido común.

Por último, “El escándalo de la Avenida Alvear” es el texto que critica más ampliamente el sistema democrático burgués. Tanto los aristócratas de la política, aquellos que hacen política familiar, la herencia del roquismo, cuyas costumbres son corruptas y relajada su vida moral; como los nuevos políticos, los que hablan de la corrupción moral de los otros y la pobreza y la fuerza del trabajo como un valor (seguramente socialistas o quizá radicales), que ostentan rasgos de snobismo y exhibición (se cambian el apellido una vez que comienzan a tener cierto ascendiente político) caen bajo la lupa censora del narrador de esta historia. Las masas son fácilmente engañadas, pues se conforman con la demagogia discursiva. La vida privada se hace pública porque es un arma para derrotar al opositor; la moral es un problema político y la bandera de lo nuevo. Novedad que no lleva adelante ningún acto de gobierno como no sea criticar al gobierno anterior. Y el pueblo cree que es mejor, y vota...

Si bien tomamos unos pocos ejemplos, podemos afirmar que las novelas del corpus de la narrativa de circulación periódica permiten una reflexión compleja sobre el problema del poder social y la naturaleza del Estado: ¿la corrupción es accesoria o necesaria?; ¿se resuelve con el simple cambio del personal político o, por el contrario, es sistémica?; ¿cambia algo cuando cambia el método de selección del personal político o todo se mantiene más o menos igual? No son novelas sentimentales sino sociales. Allí donde se habla de amor y pasiones, se discute y se disputa, en realidad, la resolución de la crisis social. Las novelas que tomamos como ejemplo en este texto son extremadamente políticas, pues presentan casos en los cuales las pasiones y los sentimientos funcionan más bien como explicación o motor para la acción política, casos abiertamente explícitos de política; además, como gran parte del corpus, también son textos críticos. Decimos gran parte del corpus porque encontramos allí sátiras, con toda la carga política que el género implica (“El crimen de la calle Brasil” de Alfredo Palacios Mendoza¹³; “Babel” y “Una semana de holgorio”, del más conocido Arturo Cancela). Hay también un grupo mucho más numeroso de autores que critican a la aristocracia burguesa (el gran mundo), los patrones o los terratenientes: Juan José de Soiza Reilly, Elsa Norton, Josué Quesada o Belisario Roldán.

La literatura popular del período critica a la clase dominante y a los dirigentes burgueses, ya sean de origen aristocrático o plebeyo. Intenta explicar porqué son corruptos los políticos y encuentra al menos, dos explicaciones: una, que las pasiones y los deseos individuales están antes que los colectivos y otra, que no es posible la renovación del sistema de la democracia burguesa por la vía

¹³Mono Sabio: “El crimen de la calle Brasil”, en *Razón y Revolución* nro. 9, otoño de 2002, reedición electrónica.

del cambio de nombres. En el primer caso, la corrupción de las costumbres, la decadencia moral de los dirigentes en tanto individuos, explicaría la corrupción del sistema. También, la alta sociedad, el gran mundo es escenario no sólo de las prácticas más decadentes en términos morales, sino que además, sus miembros son absolutamente ineptos. En el segundo, la crítica es más amplia y por su misma amplitud, posibilitaría tanto una salida revolucionaria, como una fascista¹⁴. En esta segunda interpretación, todos los políticos son iguales porque se ven forzados a terminar actuando como el sistema se lo exige. Se acusa en general, a la democracia burguesa de ser una payasada, la política es completamente hipócrita y como el gran mundo se maneja con esos códigos hipócritas, sus dirigentes se ven obligados a actuar de ese modo. Los políticos son arribistas cínicos o ingenuos en manos de una clase decadente, surjan de conciliábulos nocturnos o del voto popular.

En el corpus no aparecen novelas sentimentales de elogio de la aristocracia burguesa ni de los políticos, a lo sumo de la pequeña burguesía. De allí que ubicar estos textos en el campo de la reacción o del conservadurismo, como pretende Sarlo en su interpretación reproductivista, es, cuando menos, discutible. En el contexto nacional, tensionado entre la Ley de Residencia en sus inicios (1904) y la Ley Sáenz Peña (1912) como formas de reconocer los peligros provenientes de la clase obrera, estas novelas no se recuestan en el lado complaciente y consolatorio, sino en el costado crítico de la vida política.

La forma más avanzada de crítica que se presenta en estos textos es la que muestra al sistema mismo como corrupto y a la corrupción como inherente a la democracia *burguesa*. Una forma primigenia, popular y literaria, del más reciente “Que se vayan todos”.

Bibliografía

AA.VV.: *La Novela Semanal (Buenos Aires, 1917-1927) Un proyecto editorial para la ciudad moderna*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 2004

Hobsbawm, E.J.: *La era del imperio*, Labor Universitaria, Barcelona, 1989

Labeur, Paula: “Mujeres que trabajan”, en *La Novela Semanal*, “*La vendedora de Harrods*” de *Josué Quesada y otros relatos*, N° 4, UnQui/Página 12, s/f.

Mangone, Carlos: “La República Radical: entre Crítica y El Mundo”, en AAVV: *Yrigoyen, entre Borges y Arlt, (1916-1930)*, AA.VV., Buenos Aires, Contrapunto, 1989

Miliband, Ralph: *El estado en la sociedad capitalista*, Siglo XXI, México, 1998

¹⁴En efecto, esta crítica a la democracia burguesa puede ser leída como la necesidad de establecer una democracia real, es decir, social, o como una excusa para abolir toda forma de democracia. El golpe de Uriburu en 1930 es el momento en el cual se busca una salida a la crisis por la segunda vía. Su carácter efímero y limitado se explica, probablemente, por lo efímero y limitado de la primera forma, que se insinuó (y fracasó) durante la Semana trágica.

Minguzzi, Armando: “La cuestión social en *La Novela Semanal*”, en *La Novela Semanal*, “*La Venus del arrabal*” de Belisario Roldán y otros relatos, N° 2, UnQui/Página 12, s/f.

Pierini, Margarita: “Introducción”, en *La Novela Semanal*, “*La costurerita que dio aquel mal paso...*” de Josué Quesada y otros relatos, N° 1, UnQui/Página 12, s/f.

Orgambide, Pedro: “Prólogo”, en *La Novela Semanal*, “*El chino del Dock Sur*” y otros relatos de Héctor Pedro Blomberg, N° 3, UnQui/Página 12, s/f.

Poulantzas, Nicos: *Fascismo y dictadura*, Siglo XXI, Buenos Aires, 1974

Sarlo, Beatriz: *El imperio de los sentimientos*, Catálogos, Buenos Aires, 1985

Sartelli, Eduardo: “Celeste, blanco y rojo”, en *Razón y Revolución*, N° 2, Buenos Aires, primavera de 1996

La cajita infeliz, Ediciones ryr, Buenos Aires, 2008

Fuentes

Norton, Elsa: “El escándalo de la Avenida Alvear”, *La Novela Semanal*, N° 178, 11-4-1921

Sonderéguer, Pedro: “La voluptuosidad del poder”, *La Novela Semanal*, N° 20, 1,2 y 3-4-1918

Vedia, Mariano de: “Un gobernador”, *La Novela Semanal*, N° 132, 24-5-1920

Villar, Amado: “Carne triunfal”, *La Novela Semanal*, N° 82, 9-6-1919